

## Prólogo

### **Feminismo de alto riesgo en el Catatumbo**

Mi libro *“Feminismo de alto riesgo en Colombia”* tomó forma a lo largo de muchos años y a través de muchas fases. La primera fase de la investigación se llevó a cabo como parte de mi tesis doctoral en la Universidad de Oxford. Pasé tiempo escuchando y aprendiendo de las mujeres de Turbaco, Usme y Riohacha. Me sentaba con ellas en sus casas, en los patios de sus casas, en el transporte público, aprendiendo sobre sus vidas y las formas en que entienden su activismo en Colombia, su liderazgo social en relación con la violencia que se filtra en las comunidades en las que viven. Como escribí en los agradecimientos del libro: “Mi capacidad para llegar a algunos de los rincones más remotos del país sólo ha sido posible gracias a la generosidad de [estos interlocutores]. En nuestros numerosos viajes en coche, taxi y bus, me han explicado cómo funciona Colombia en la práctica. Han escuchado mis preguntas y me han ayudado pacientemente a formular otras mejores”.

Al terminar mi investigación doctoral, me encontré en Putumayo, donde tuve la fortuna de conocer la Alianza de Mujeres Tejedoras de Vida. A lo largo de diferentes viajes en 2018 y 2019, viajé a Mocoa y Bajo Putumayo, donde diferentes miembros de la Alianza me llevaron a lugares de importancia histórica en su memoria institucional. Visitamos monumentos en El Tigre, un memorial a las hermanas Galágarra en La Dorada y los murales de la memoria en Mocoa. Las entrevistas que mantuve con mujeres que promovieron los derechos de la mujer y la justicia de género en medio de un conflicto armado atroz, pusieron de relieve que su movimiento representa un ejemplo de feminismo de alto riesgo.

Al final, tuve que tomar la decisión de poner un límite temporal a los casos incluidos en la monografía. Necesitaba escribir y publicar el libro. Quienes lo hayan leído recordarán que la Introducción comienza con dos historias: las de Anyela y Sandra. La primera historia tuvo lugar a finales de 2016, mientras Anyela y yo viajábamos a Barranquilla para participar en una concentración de mujeres que apoyaban el próximo referéndum por la paz. La segunda historia se relató en 2018, y explicaba cómo Sandra seguía enfrentándose a amenazas por su activismo en favor de los derechos de las mujeres, incluso a pesar de la firma del Acuerdo de Paz a finales de 2016. Como cuento en el libro, la siguiente vez que vi a Sandra en 2019, ya no vivía cerca de la frontera ecuatoriana; las amenazas de los grupos armados se habían intensificado y se desplazó a Mocoa.

El libro comienza con estas dos historias para poner de relieve que el feminismo de alto riesgo se manifiesta no sólo en momentos de conflicto armado, sino también después de que el conflicto termine oficialmente, al menos sobre el papel. Al incluir estas historias, ilustro cómo es en realidad el continuo de violencia (Cockburn, 2004), la firma de un acuerdo de paz no lleva necesariamente la paz a la vida de las mujeres. La pregunta principal que plantea es: ¿por qué y cómo deciden las mujeres arriesgar su seguridad individual y colectiva movilizándose por la justicia de género durante periodos de violencia?

He reflexionado sobre esta cuestión en muchos contextos a lo largo de muchos años. Colombia fue escenario del conflicto más prolongado del hemisferio occidental. En 2016, el Gobierno firmó un Acuerdo de Paz con las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC-EP). Sin embargo, cualquier persona con un conocimiento básico de la realidad colombiana diría que el Acuerdo de Paz no representó un cese de las hostilidades. Más bien, el conflicto se reconfiguró, con actores armados nuevos, fragmentados y transformados que se enfrentaban violentamente por el control de los recursos, los territorios y las comunidades. A lo largo de los diferentes momentos

del conflicto armado colombiano, la violencia de género ha sido utilizada por todos los actores armados. Se ha utilizado como política y práctica, como forma de castigar a las mujeres por sus acciones y alianzas (percibidas) o las de sus familias, y como forma de garantizar el cumplimiento de códigos de conducta impuestos. Y desde 2016, la violencia de género ha seguido proliferando; mi investigación ha mostrado incluso cómo algunas de aquellas mujeres que asumieron papeles públicos como constructoras de la paz y líderes comunitarias tras la firma del Acuerdo están siendo castigadas ahora por sus logros de empoderamiento. Esta violencia puede entenderse como una forma exagerada de reacción patriarcal ("backlash") (Zulver, 2021), para obligar a las mujeres a volver a posiciones de subordinación en las que no pueden ejercer su agencia. Los actores armados creen que, dando ejemplo a estas mujeres empoderadas a través de la violencia, disuadirán a otras de fomentar la resiliencia de la comunidad.

Así pues, tanto histórica como contemporáneamente, resulta desconcertante entender por qué las mujeres optarían por movilizarse, cuando hacerlo puede acarrear amenazas, ataques, secuestros, desplazamientos, violaciones o asesinatos. Desde una perspectiva de costo-beneficio, es difícil conceptualizar qué potencial podría compensar un coste como la tortura, la violación o el asesinato. Pero al mismo tiempo, en mis años de investigación y lectura, he encontrado múltiples ejemplos de mujeres que no sólo deciden movilizarse, sino que adoptan identidades y marcos de referencia feministas para resistirse a la violencia.

En mi libro, desarrollo un marco teórico para explicar lo que denomino feminismo de alto riesgo. Aunque este prólogo es demasiado breve para esbozar todas las dimensiones de este ejercicio teórico, intentaré resumir aquí brevemente la explicación. Efectivamente, vivir en una zona de conflicto es peligroso para cualquier mujer, esté o no afiliada a un colectivo de mujeres. Las mujeres con las que trabajé en Cartagena me contaron que el simple hecho de salir de casa para

ir a la tienda a por leche o pan puede exponerlas a la violencia de género. De hecho, en Putumayo, los paramilitares se llevaron a las hermanas Galárraga de su casa, acusadas de apoyar a la guerrilla.

Tomando prestados conceptos de la economía del comportamiento, podemos hacer que las acciones de alto riesgo tengan más sentido. En concreto, la teoría de las perspectivas nos dice que las personas actúan de forma diferente según se enfrenten a pérdidas o ganancias. Las personas que operan en un "dominio de pérdidas" - que se encuentran en una situación perdedora - son más propensas a aceptar mayores niveles de riesgo. Aplicado a las mujeres y al conflicto armado colombiano, lo que he esbozado anteriormente muestra cómo todas las mujeres, hasta cierto punto, operan en un dominio de pérdidas, en el que la violencia es omnipresente y puede ejercerse sin explicación. Las mujeres que deciden unirse a un colectivo, una organización o una asociación pueden, de hecho, ser el blanco de los grupos armados por transgredir las normas que éstos imponen; es decir, los grupos armados tienen visiones tradicionalistas del mundo sobre la participación de las mujeres en la esfera pública (Stallone y Zulver, 2024). Cualquier miembro de la sociedad que les desobedezca puede ser castigado, sobre todo si su objetivo es fomentar la cohesión social. Si las mujeres hacen reivindicaciones públicas -y lo que es peor, ¡por la justicia de género! - se las considera triplemente transgresoras. Sin embargo, no movilizarse no garantiza la seguridad de las mujeres. De hecho, movilizarse permite a las mujeres acceder a ciertos beneficios materiales y psicológicos a los que no podrían acceder de otro modo. Por ejemplo, en el contexto colombiano, unirse a una organización de mujeres puede darles acceso a reparaciones colectivas, curación psicosocial, apoyo a proyectos y un sentimiento de propósito y solidaridad en la pertenencia al grupo. En resumen, cuando la oportunidad de unirse a un grupo la presenta un líder carismático (que explico con más detalle en el capítulo 2 de mi libro), los beneficios percibidos de la pertenencia superan el potencial de violencia retributiva, que de hecho no se puede evitar con la no participación.

Tras explicar el por qué de la afiliación, también me ocupo del "cómo" del feminismo de alto riesgo. Mediante la construcción de

una identidad colectiva, la generación de vínculos de capital social, el uso de técnicas de encuadre y la participación en actos de certificación, las mujeres que participan en el feminismo de alto riesgo son capaces de exigir justicia de género. Incluso ante el grave peligro, sus experiencias con la violencia no las paralizan, sino que las catalizan hacia la acción colectiva no violenta.

No es mi objetivo en este prólogo ofrecer un resumen completo de lo escrito en mi libro (Zulver, 2022). Espero que aquellos interesados en cómo teorizo y operacionalizo el feminismo de alto riesgo se remitan a los capítulos detallados que ya he escrito. Dicho esto, quería discutir mi programa de investigación -y el libro que surgió de él- en el contexto del presente volumen.

Es importante señalar, entonces, que mi interés en el feminismo de alto riesgo no terminó cuando presenté las pruebas del libro a la editorial. De hecho, entre 2019 y 2022 pasé largos periodos de tiempo trabajando con mujeres a lo largo de la frontera colombo-venezolana, en La Guajira, Norte de Santander y Arauca. El proyecto académico se centró en la violencia y la resiliencia en el nexo de la migración masiva y la reconfiguración del conflicto armado, y como becaria pos-doctoral, decidí centrarme en las experiencias de las mujeres que viven y se mueven a través de estas zonas fronterizas. Este periodo representa la primera vez que fui al Catatumbo. Nunca olvidaré la primera vez que mi colega y yo salimos de Cúcuta para conducir hasta Sardinata. Nos despertamos temprano y salimos de la bulliciosa y ruidosa ciudad. La niebla se levantaba alrededor del denso follaje cuando iniciamos el viaje hacia el norte. Cada señal de tráfico que pasábamos mostraba nuevas pintadas, dejadas por los disidentes de las FARC sólo unos días o semanas antes. Las mujeres con las que hablé estaban nerviosas y me contaron que la situación de seguridad estaba cambiando rápidamente. Corrían rumores y murmullos sobre violencia de género y "una vuelta a lo de antes".

Sin embargo, este viaje no fue mi último compromiso con el Catatumbo y Norte de Santander. Mientras finalizaba el proyecto académico original, continué mi trabajo sobre las violencias de género con Ladysmith, un colectivo de investigación feminista canadiense,

y más tarde en un nuevo papel académico como investigadora Marie Curie. Hubo largas temporadas en las que viajaba a Norte de Santander varias veces al mes. Fue durante estos viajes que conocí organizaciones como las Madres del Catatumbo en Tibú. Cuando su líder empezó a sufrir múltiples amenazas y tuvo que refugiarse en Cúcuta, me reunía con ella en la capital del departamento. Guardo gratos recuerdos del tiempo que pasamos juntas, sentadas en una mesa de plástico en el malecón cerca del río o en el bar de la azotea del hotel donde solía hospedarme. Hablábamos de las violencias sufridas en su pasado y de los acontecimientos que la llevaron a organizar a otras mujeres de la región. Me contó las continuas amenazas que recibía por su activismo; siempre iba acompañada de dos guardaespaldas que la paseaban por la ciudad en un todoterreno protegido.

Durante estas interacciones, aprendí más sobre las realidades de ser una mujer que vive en el Catatumbo. En abril de 2022, mi colega Kiran Stallone y yo publicamos un artículo sobre un aumento de las amenazas y asesinatos por motivos de género en Tibú (Stallone y Zulver, 2022). Las mujeres nos contaron que en 2021 empezaron a oír rumores sobre una lista de mujeres creada por disidentes de las FARC. Estas mujeres eran consideradas un "objetivo militar", y en las redes sociales empezaron a circular videos que las avergonzaban y las acusaban de tener conexiones con policías, soldados y agentes del Estado. Entre abril y diciembre, 12 mujeres fueron asesinadas, lo que representa un aumento del 400% en los asesinatos de género en comparación con los índices de 2020. Hablamos con mujeres que aparecían en estos vídeos despectivos y que desde entonces habían huido a otras partes del país tras recibir amenazas de muerte. Las mujeres nos contaron que no reciben ningún apoyo significativo del gobierno. Y los líderes sociales que apoyan y protegen a estas mujeres dijeron que sus llamamientos a los funcionarios del gobierno caían en saco roto.

Hablé con mujeres de Sardinata, Campo Dos, Tres Bocas y el centro y la periferia de Tibú. Les pregunté cómo habían vivido el conflicto y la violencia "post" conflicto. Las historias que me contaron oscilaban entre experiencias pasadas de violencia a manos de actores armados no estatales e historias más recientes de amenazas y

ataques contra ellos para acallar a la población y hacerla obedecer. Sin embargo, a pesar de las amenazas, los rumores y el miedo a las represalias, seguí conociendo a mujeres valientes, dedicadas a apoyar a los demás en su querido Cata-tumbo.

En abril de 2019, en las afueras de Tibú, una mujer me contó la historia de su vida. Sus palabras se me han quedado grabadas; me dijo que durante el conflicto y en el momento posterior al Acuerdo, siempre ha notado que "las mujeres buscan a otras mujeres". Muchas mujeres quedaron viudas tras el asesinato de sus maridos. Otras tuvieron hijos reclutados por grupos armados. Muchas sufrieron violencia sexual y otras formas de violencia de género relacionadas con el conflicto. Casi todas las mujeres habían sido desplazadas a la fuerza. Sin embargo, a pesar de la violencia, las mujeres querían volver a sus casas, a sus tierras, a sus granjas. Cuando empezaron a conocerse, se dieron cuenta de que compartían experiencias de violencia. Y como una bola de nieve que rueda colina abajo, empezaron a "buscar a otras mujeres" en busca de orientación, apoyo, protección y, en última instancia, solidaridad. Se reunieron en asociaciones a veces tan informales como un pequeño grupo de mujeres del barrio para hablar, elaborar estrategias y crear una visión compartida de una sociedad más justa.

Y así, aunque no he investigado activamente sobre el feminismo de alto riesgo en el Catatumbo, he sido testigo de la increíble resistencia de las mujeres y de su movilización activa por la justicia de género en esta zona de conflicto permanente. Estas mujeres creen que puede existir un mundo mejor y más justo para las mujeres. Saben que plantear exigencias a sus comunidades incluidos los actores violentos que luchan por el control conlleva riesgos, pero deciden exponerse de todos modos.

Antes de terminar este prólogo, quiero aclarar que mi uso de la palabra "feminismo" no debe ser visto como una imposición. Soy muy consciente de que la palabra tiene connotaciones complicadas en Colombia y en todo el mundo. Además, no es apropiado para mí categorizar o etiquetar a mujeres que nunca he conocido con un título que podría no reflejar las formas en que se entienden a sí mismas

y su activismo. El marco del feminismo de alto riesgo es sólo eso: una herramienta para entender y reconocer a aquellas mujeres que están dispuestas a hablar sobre sus vidas, sus luchas y sus visiones de un futuro con más justicia de género. Espero que, al presentar este marco, también pueda suscitar el debate: ¿qué significa ser feminista en el Catatumbo? ¿Cómo eligen las catatumberas identificar, o no, su activismo y su valentía? ¿Existen formas mejores, más apropiadas o contextualmente más relevantes de entender sus acciones? Para mí, ser humilde, estar dispuesta a aprender y a ser corregida y cuestionada es un sello distintivo de la investigación feminista.

No me cabe duda de que, si pasara más tiempo en este bello pero complicado territorio, encontraría más ejemplos de mujeres valientes que reivindican la igualdad. Son esas mujeres cuyas historias se describen en este libro. Me siento honrada de que se me haya pedido que ofrezca unas palabras introductorias y unos marcos que ayuden a dar forma a la experiencia del lector al relacionarse con estos textos. Estas flores del Catatumbo han seguido floreciendo, a pesar de los intentos de arrasar la tierra en la que están plantadas. Su capacidad y voluntad de contar sus historias es un logro que no debe subestimarse. Que sus historias no sólo nos inspiren, sino que también nos sirvan de llamada para hacer y ser mejores cuando se trata de garantizar la capacidad de las mujeres para vivir vidas libres de violencia en Colombia. Y que la próxima vez que nos veamos sea en Convención, donde pueda conocer, aprender y aprender con las flores del Catatumbo.

*Julia Margaret Zulver*



Fotografía del encuentro #4

Proyecto Feminismo y construcción de paz en el municipio de Convención, subregión Catatumbo: un análisis de las relaciones de género en el contexto del conflicto armado. Equipo de investigación IEP-UNAB y mujeres de la zona urbana y rural de Convención.

